

TERCERA PARTE

I

Veinte días después el *Rendeer* hizo en Honolulu, capital de las islas Sandwich, una escala en extremo alegre, que duró dos meses.

Allí se encuentra la raza *maorí* en un grado de civilización relativa, mucho más adelantada que en Tahiti.

Toda una corte muy lujosa; un rey leproso y fastuosamente engalanado: fiestas á la europea, ministros y generales empenachados, y un sí es ó no es grotescos; todo un personal extraño y chusco; singular conjunto, del cual se destacaba la graciosa figura de la reina Emma. Damas de la corte muy ataviadas y elegantes. Muchachas por cuyas venas circulaba la misma sangre que por las de Rarahu, transformadas en *misses*; jovencitas de su mismo tipo y de su mismo aspecto un poco salvaje, pero que recibían de Francia, por la vía de los paquebotes del Japón, los guantes que usa-

ban, guantes con muchos botones y adornos *parisiennes*.

Honolulu es una gran ciudad, en la cual hay abundancia de tranvías, y cuyos naturales forman singular contraste con los numerosos extranjeros que allí residen. Hawaiens es con el rostro lleno de dibujitos azules; comerciantes americanos y mercaderes chinos.

¡Hermoso país, hermosa naturaleza y magnífica vejetación, que recuerda vagamente la de Tahiti! Menos fresca y menos poderosa, sin embargo, que la de la isla de los profundos valles y los grandes helechos.

El lenguaje es por el estilo del lenguaje *maorí*, ó, mejor dicho, un idioma duro y del mismo origen; algunas palabras, sin embargo, eran las mismas, y los indígenas me comprendían sin gran dificultad. Con esto me juzgaba á menos distancia de la isla querida, que después, cuando nos encontramos en las costas de América.

II

Segunda escala en San Francisco de California, adonde llegamos después de un mes de travesía. Allí recibí, á la llegada, la primera carta de Rarahu. (La había remitido al consu-

lado de Inglaterra, por conducto de un barco americano que, con cargamento de nácar, había salido de Tahiti algunos días después que nosotros.)

I te Loti, taata hieero tace tace no te atimara rera pererant no te pahí auai Rendeer. (A Loti, ayudante del Almirante inglés, del navío de vapor el *Rendeer*.)

E tau here iti e!	¡Oh mi queridito amigo! (1).
E tau tiare noanoa no te ahiahi e!	¡Oh mi flor perfumada de la tarde!
e mea roa te mauiui no tau mafatu	el mal que oprime mi corazón es grande
no te meae aita hio au ia oe...	desde que no te veo...
E tau fetia taiiao e!	¡Oh mi estrella de la ma- ñana!
te oto tia nei ra tua mata	mi ojos se funden en lágrimas
no te mea e aita hoi oe amuri noa tu!...	desde que tu no vuelves ya!...
.....
.....

(1) En el caso presente, así como en ciertos pasajes en verso y en otras cartas de Rarahu á Loti, hemos creído preferible traducir literalmente á procurar una traducción en verso, no sólo porque la traducción en verso no hubiera resultado fiel, sino que también, y muy especialmente en este caso, á fin de que correspondiera, línea á línea, la traducción al lenguaje *maorí*.
—(N. del T.)

<p>la ora na oe i te Atua mau</p> <p>Na to oe hoa iti, Rarahu.</p>	<p>Yo te saludo por el ver- dadero Dios, en la fe cristiana.</p> <p>Tu pequeña amiga, Rarahu.</p>
--	---

Contesté á esta carta con otra muy extensa, escrita en correcto y clásico tahitiano, carta que el patrón de una ballenera se encargó de procurar que llegase á manos de Rarahu, por conducto de la reina Pomaré.

La daba en ella seguridades de que regresaría á su lado en uno de los últimos meses del año, y la rogaba se lo comunicase así á Tai-maha y que la recordase al propio tiempo sus juramentos.

III

ENTREMÉS CHINO

Un recuerdo inoportuno y ridículo, que no tiene nada de común con lo que precede, y aun menos con lo que sigue, y que no tiene en la presente historia otro objeto que el de seguir el orden cronológico de fechas.

La escena pasa en mayo de 1873, á las once

de la noche, en un teatro del barrio chino de San Francisco de California.

Vestidos como el caso requeria, William y yo habíamos tomado gravemente asiento en el patio. Actores, espectadores y maquinistas, todos allí eran chinos, menos nosotros dos.

Estaban en una escena patética del gran drama lírico que se representaba, y del cual no comprendíamos ni una palabra ni William ni yo. Las señoras de los anfiteatros ocultaban con los abanicos sus ojos de forma de almendra, y, ganadas por la emoción, hacían tales muecas, que se parecían mucho á esas figuritas de porcelana de que los chinos han inundado á Europa. Los artistas, en traje de la época de la dinastía extinguida, aullaban de una manera sorprendente é inconcebible; la orquesta de *gongs* (1) y de guitarras, producía sonidos extravagantes y acordes inesperados.

Efecto de noche. Las luces están amortiguadas.—Delante de nosotros el público del patio,—un alineamiento de cabezas rasuradas, provistas de valiosas y largas trenzas de pelo, terminadas por adornos de seda.

Tuvimos una idea satánica, cuya rápida ejecución fué favorecida por la disposición de

(1) Instrumento músico chino, que consiste en un disco de metal. Tócase con un palillo.—(N. del T.)

los asientos, la oscuridad y el estado de ánimo de los chinos: atar las trenzas dos á dos, y desaparecer...

¡Oh Confucio!... (1)

IV

...California, Quadra y Vancouver, América rusa... Seis meses de expedición y de aventuras que no hacen al caso en la presente historia.

En estos países se creía uno más cerca de Europa y muy lejos de la Oceanía.

Todo aquel pasado tahitiano parecía un sueño; un sueño después del cual la realidad presente no tiene interés.

En septiembre se trató seriamente de volver á Europa por la Australia y el Japón; el *Atmirante de los cabellos blancos*, quería atravesar el Océano Pacífico por el hemisferio Norte, dejando á terrible distancia al Sur, *la isla deliciosa*.

Yo nada podía contra este proyecto que me llenaba de angustia, oprimiéndome el cora-

(1) Confucio: el filósofo más célebre de la China fundador de una religión muy moral.—(N. del T.)

zón... Rarahu debía haberme escrito algunas cartas; pero en la vida errante que llevábamos por las costas de América, ni la menor noticia de ella había llegado hasta mí...

V

...Han pasado diez meses.

...El *Rendeer*, que salió el 1 de noviembre de San Francisco, se dirige á toda máquina hacia el Sur. Hace dos días que camina por la zona que separa las regiones templadas de las calientes, y que se llama *zona de las calmas tropicales*.

El día de ayer fué un día de calma triste, con un cielo gris que recordaba aún las regiones templadas; el aire era frío, y un gran cortinón de nubes inmóviles, todo de una pieza, nos ocultaba el sol.

Esta mañana hemos pasado el trópico, y la decoración ha cambiado bruscamente; caminamos bajo un cielo asombrosamente puro; se nota ese aire suave, tibio, delicioso, de la región de los alisios, y contemplamos este mar tan azul, asilo de peces voladores y de doradas.

Los planes han cambiado, y volvemos á Eu-

ropa por el Sur de América, el cabo de Hornos y el Océano Atlántico. Tahiti está en nuestra ruta del mar Pacífico, y el almirante ha decidido detenerse allí. La detención será corta, nada más que una escala de algunos días; después, todo habrá acabado para siempre; pero ¡qué dicha la de volver, sobre todo cuando ya se ha temido que esto no sucedería!...

...Estaba yo apoyado sobre una de las bandas del barco, mirando al mar. El viejo doctor del *Rendez* se aproximó á mí, y golpeándome suavemente en la espalda:

Amigo Loti, me dijo, me parece que no me equivocaré si os digo que sé en lo que estáis pensando: bien pronto estaremos en vuestra querida isla, y en verdad que caminamos con tal velocidad, que cualquiera diría que son vuestras amigas las tahitianas quienes impulsan el vapor, llamándole hacia sí, y atrayéndole, como el imán atrae al acero...

—Indudablemente, doctor, le respondí, ¿quién duda de que si ellas lo supieran?...

VI

26 de noviembre de 1873.

En el mar. Hemos pasado ayer con gran viento por entre las islas Pomotous.

La brisa tropical sopla con fuerza; el cielo está nuboso. A medio día se descubre tierra por babor. ¡Tahiti!

John ha sido quien la ha visto primero; una forma indecisa se ve por entre las nubes, me ha dicho: es la punta de Faaa.

Algunos minutos más tarde, los picos de Moorea se ven por estribor.

Los peces voladores se lanzan al aire por cientos. La isla deliciosa está allí cerca, muy cerca... Impresión singular que no acierto á describir...

La brisa trae ya hasta nosotros perfumes tahitianos, ráfagas de aire embalsamado por los naranjos y las gardenias en flor.

Una enorme masa de nubes se cierne sobre toda la isla; sin embargo, empiezan á distinguirse ya los cocoteros y el hermoso peculiar verdor de Tahiti. Las montañas desfilan rápidamente: Papenoo, el gran *morne* de Mahéua, Fataoua, y después la punta de Venus, Fareute y la bahía de Papeete.

Yo temía una desilusión; pero el aspecto de Papeete es encantador. Todo en él es de un mágico efecto, bajo los rayos del sol de la tarde.

...Son las siete cuando llegamos al fondeadero; no hay nadie en la playa á vernos llegar. Cuando salto en tierra, es ya de noche...

Me siento como embriagado por el perfume

tahitiano, que se condensa en la tarde bajo el espeso follaje... Siento singular alegría al encontrarme de nuevo en este país...

...Tomo por la avenida de árboles que conduce á palacio, y que, contra costumbre, está desierta y silenciosa. Los *boureaos* la han tapiado con sus grandes flores de amarillo pálido, y con sus hojas secas. Bajo estos árboles la oscuridad es profunda. Este silencio me intranquiliza é inquieta, sin que pueda explicarme la causa de esta intranquilidad é inquietud; se diría que este es un país muerto...

Me acerco á la morada de Pomaré... Las hijas de la reina están todas allí, sentadas y silenciosas...

¿Qué extraño capricho ha contenido á estas criaturas indolentes, que en otro tiempo hubiesen llegado, llenas de alegría, á recibirnos?... ¡Sin embargo, están lujosamente ataviadas; se han puesto largas túnicas blancas y flores en el pelo! ¿Nos esperaban?

Una joven que está de pie á alguna distancia de las demás y que me parece más esbelta que las otras, llama mi atención, é instintivamente me dirijo hacia ella.

—¡*Aue*, Loti!—dice estrechándome con todas sus fuerzas contra su pecho... y encuentro, como en otro tiempo, en la oscuridad, las delicadas mejillas y los frescos labios de Rarahu...

VII

Rarahu y yo pasamos la noche vagando, sin objeto alguno determinado, por las alamedas de Papeete y los jardines de la reina; tan pronto caminábamos al azar por las calles de árboles que se presentaban á nuestra vista, como nos tendíamos sobre las olorosas hierbas, bajo los espesos macizos de plantas... Horas de embriaguez que pasan, pero que se recuerdan toda la vida; embriaguez del corazón, embriaguez de los sentidos, á la cual la naturaleza oceánica presta cierto encanto y extraño prestigio...

Sin embargo, y á pesar de la gran dicha que experimentábamos por volvernos á ver, ambos estábamos tristes, sin duda porque ambos comprendíamos que todo se acababa, y que bien pronto el destino nos separaría para siempre...

Rarahu había cambiado mucho; así lo comprendí, á pesar de la oscuridad; estaba más delicada, y la tan temida tosecita salía más á menudo de su pecho. Al día siguiente, en cuanto amaneció, pude convencerme de esta triste verdad al examinar su pálido y demacrado rostro; tenía ya muy cerca de diez y sie-

te años, y sin embargo, parecía no tener más edad que el día que la ví por vez primera; solamente que ahora se notaba en ella ese algo que en Europa hemos dado en llamar *distinción*. Todo en su salvaje y pequeño rostro era fino y de distinción suprema. Brillaba en él ese encanto ultraterrestre de los que van á morir...

Por un capricho, que yo no me explico, había entrado á formar parte de la servidumbre de la corte, pidiendo, al solicitar este honor, que se la destinase precisamente al servicio de Ariitéa, quien desde luego la tomó gran cariño. En este nuevo medio en que vivía ahora, había llegado á adquirir ciertas nociones de la vida de las mujeres europeas; había aprendido además, sabiendo que me agradaría mucho con ello, el inglés, que comenzaba ya casi á saber; lo hablaba con singular é infantil acento, y su voz parecía más dulce aún en las palabras cuyas sílabas duras no podía pronunciar.

Era muy extraño oír estas frases de la vieja lengua inglesa en labios de Rarahu; yo la escuchaba con asombro, y hasta me parecía que era otra mujer...

Paseamos cogidos de la mano, como en otro tiempo, por la gran plaza de Papeete, llena entonces de movimiento y de animación, y triste y solitaria ahora. ¿Qué ha sido de aque-

llas jovencitas, de aquellos cánticos, de aquellas coronas expuestas por todas partes?...

No sé qué viento de tristeza ha soplado sobre Tahiti después de nuestra partida...

Era día de recepción en casa del gobernador francés, y, llevados por la curiosidad, nos encaminamos á ella Rarahu y yo. A través de las ventanas que estaban abiertas, pudimos examinar el salón profusamente iluminado; asistían á la recepción todos mis camaradas del *Rendez* y todas las mujeres de la corte: la reina Pomaré, la reina Moé y la princesa Ariitéa. Preguntarían más de una vez sin duda: ¿dónde está Enrique Grant?... Y Ariitéa pudo muy bien contestar con su tranquila sonrisa: —Estará, de seguro, con Rarahu, que es ahora de mi servidumbre (tan sólo en el nombre), y que le esperaba á la puesta del sol á la entrada del jardín de la reina.

Lo cierto es que Loti estaba con Rarahu y que por el momento no existía otra cosa para él...

Tan sólo una niña, que otra persona tenía sobre sus rodillas en uno de los extremos más apartados y más tranquilos del salón, me vió y pudo reconocermé; su voz de niña, ya muy débil y casi moribunda, gritó:

—*¡la ora ná, Loti!* (Te saludo, Loti.) Era la princesa Pomaré V, la nieta adorada de la vieja reina.

Besé su manecita, que me tendió por una de las ventanas, y el incidente pasó inadvertido para el resto de la concurrencia...

Continuamos errando por las alamedas, pues ahora carecíamos de refugio adonde retirarnos juntos; Rarahu influida como yo, por la tristeza de las cosas y el silencio de la noche.

A media noche quiso volver á palacio para cumplir con sus deberes, desempeñando el servicio que la correspondía aquella noche al lado de la reina y de Ariitéa. Abrimos con mucho sigilo la puerta de uno de los jardines y penetramos en él con grandes precauciones, á fin de poder inspeccionarlo todo cuidadosamente, porque era preciso evitar el encuentro con Ariifaité, el marido de la reina, que rondaba á menudo durante la noche por sus dominios.

El palacio se elevaba aislado en el centro de una vasta cerca; su blanca masa se destacaba claramente á la débil luz de las estrellas; no se sentía ni el más pequeño ruido por ninguna parte. En medio de aquel silencio, el palacio de Pomaré adquiría para mí el mismo aspecto bajo el cual lo había contemplado en los sueños de mi infancia. Todo dormía á su alrededor. Rarahu, tranquilizada ya, comenzó á subir la amplia escalera, diciéndome adiós hasta que desapareció.

Volví á la playa y me embarqué en el bote

que me esperaba para volver á bordo; todo aquel país me pareció aquella noche de una tristeza desoladora.

Sin embargo, era una de las noches más hermosas de la Oceanía, y las estrellas australes brillaban...

VIII

Rarahu dejó al día siguiente el servicio de Ariitéa, la cual no se opuso á ello.

Nuestra cabaña, que había permanecido desierta en mi ausencia bajo los gigantescos cocoteros, se abrió de nuevo para nosotros. El jardín, más frondoso que nunca, había sido invadido por las enredaderas y los guayabos; las hierbas doncellas del Cabo habían crecido y florecido hasta en el interior de la cabaña... Tomamos posesión del abandonado hogar con triste alegría. Rarahu fué á buscar su viejo y fiel gato, que había continuado siendo su mejor amigo, y que se volvió á encontrar en país conocido.

...¡Y todo volvió á recobrar su antiguo aspecto!...

IX

Los pájaros que me encargara la princesita me habían causado grandes molestias en el viaje; las mayores molestias que pueden causar los pájaros. De treinta que había llevado á bordo sobrevivieron unos veinte (que continuaban aún á bordo, fatigados de la travesía); unas veinte avecillas medio peladas, sucias, y en un estado muy lastimoso, que habían sido en otro tiempo pinzones, pardillos y jilgueros. Sin embargo, fueron vivamente agradecidos por la enfermita, cuyos grandes y expresivos ojos brillaron de alegría al verlos.

—*¡Mea maitai!* ¡Está bien—dijo;—bien, Loti!

Los pájaros habían conservado uno de sus mayores encantos: desplumados, mareados y flacuchos, cantaban aún, y la reinecita les escuchaba con arrobamiento.

X

Papeete 28 de noviembre de 1873.

A las siete de la mañana, la hora más deliciosa de todas en los países del sol, esperaba

yo en el jardín de la reina á Taimaha, á quien había hecho citar allí.

Según Rarahu, Taimaha era una criatura incomprensible, á quien apenas había podido ver después de mi partida, y de quien no había podido conseguir más que respuestas vagas é incoherentes acerca de los hijos de *Rouéri*.

A la hora fijada, Taimaha apareció sonriendo y fué á sentarse á mi lado. Por primera vez veía en pleno día á aquella mujer, á quien había visto el año anterior como una aparición fantástica durante la noche.

—Aquí me tienes, Loti—dijo adelantándose á mis primeras preguntas; pero mi hijo Taamari no viene conmigo, como ves; dos veces he encargado al jefe de su distrito que lo trajera aquí, pero Taamari ha tenido miedo al mar, y no ha querido venir. Atario no está ya en Tahiti; la vieja Huahara le ha enviado á la isla de Raiatá, en donde reside una de sus hermanas que deseaba tener un hijo.

De nuevo mis propósitos iban á estrellarse contra el imposible, contra la inercia y las inexplicables rarezas del carácter *maorí*.

Taimaha sonreía. Yo comprendí que ni súplica ni reproche alguno la conmovía. Sabía que ni los ruegos, ni las amenazas, ni aun la intervención misma de la reina, podría obtener de ella el que en tan corto plazo hiciese

venir de tan lejos al niño que tanto interés tenía yo en conocer. Sin embargo, no me decidía á alejarme para siempre sin haberle visto.

—Taimaha—dije después de un momento de silenciosa reflexión—vamos á partir los dos para la isla de Moorea. Tú no puedes negarte á acompañar al hermano de *Rouéri* en un viaje á casa de tu anciana madre para que conozca á tus hijos.

Y sin embargo, ¡bien sabe Dios cuán grandes eran mis deseos de no separarme un momento de Rarahu en aquellos pocos días que debía permanecer en Papeete, en los pocos momentos, mejor dicho, que me restaban de extraño amor y de dicha!...

XI

Papeete 29 de noviembre.

De nuevo el rápido cántico, el ruido y el frenesí de la *upa-upa*; de nuevo la tahitiana muchedumbre delante del palacio de Pomaré; todavía un último día de gran fiesta á la luz de las estrellas como en otro tiempo.

Sentados bajo la galería de la reina estábamos Rarahu y yo, sus flacas manos entre las mías.

Rarahu estaba triste, muy triste, sin que por esto hubiese dejado de adornar sus cabellos con inusitada profusión de flores y de hojas de plantas exóticas. Cerca de nosotros, también sentada, estaba Taimaha refiriéndonos su vida de otros tiempos, de los tiempos en que vivía con *Rouéri*. A pesar de lo extravagante de su carácter, tenía algunos momentos de expansión, siempre limitada, y de dulce sensibilidad; había vertido aquel día verdaderas lágrimas al reconocer cierto *pareo* azul, pobre reliquia del pasado, que mi hermano llevó en otro tiempo consigo á nuestro hogar, y que yo había encontrado extraño placer en llevar de nuevo á Oceanía entre mis ropas.

Nuestro viaje á Moorea estaba decidido en principio; tan sólo dificultades materiales podían retardar su ejecución.

XII

1 de diciembre de 1873.

La salida para Moorea se organizó muy de mañana en playa. El jefe Tatarí, por recomendación de la reina, se presentó gustoso á llevarnos á Taimaha y á mí. Llevaba además en su ballenera á dos muchachos de su distrito y á otras dos jovencitas con sus correspon-

ñientes gatos atraillados. Precisamente enfrente de la cabaña abandonada de *Rouéri* fué donde fuimos á embarcar: el azar tomaba su parte en nuestros asuntos.

No sin grandes dificultades logré arreglar este viaje; el almirante no comprendía qué nueva rareza me impulsaba á aquella correría por la isla de Moorea, y por razón del poco tiempo que el *Rendeeer* debía pasar en Papeete, se negó terminantemente, por dos ó tres veces, á autorizarme para partir, fundándose además en que los vientos reinantes dificultaban las comunicaciones entre ambos países, y que por consecuencia de esto era problemática la fecha de mi regreso á Tahiti.

Se botó al agua la ballenera de Tatari; los pasajeros recogieron sus ligeros bagajes y su despedieron alegremente de sus amigos; íbamos á partir.

En el último momento, Taimaha, cambiando bruscamente de parecer, se negó á seguirme; fué á apoyarse contra la cabaña de *Rouéri*, y ocultando el rostro entre las manos, se echó á llorar.

Ni mis ruegos, ni los consejos de Tatari pudieron contra la inesperada decisión de aquella mujer, y fuerza nos fué alejarnos sin ella.

XIII

La travesía duró cerca de cuatro horas; en alta mar el viento era fuerte y grueso, y la ballenera se llenó de agua.

Los dos gatos pasajeros, cansados de maullar se habían acostado, completamente mojados, cerca de las dos muchachitas que no daban la menor señal de vida.

Empapados por el agua, abordamos á gran distancia del punto á que pretendíamos llegar, en una bahía próxima al distrito de Papetoai, país salvaje y encantador, en donde dejamos la ballenera en seco sobre el coral.

Había gran distancia desde aquel lugar al distrito de Mataveri que habitaban la familia de Taimaha y el hijo de mi hermano.

El jefe Tauiro me dió por guía á su hijo Tatari, y emprendimos ambos la caminata por un sendero apenas visible bajo una bóveda admirable de palmeras y de *pandanus*.

De tiempo en tiempo atravesábamos por aldeas edificadas entre los bosques, en donde los indígenas sentados á la sombra, ensimismados é inmóviles como siempre, nos veían pasar. De entre los grupos de indígenas se destacaban algunas muchachas que venían sonriendo

hacia nosotros á ofrecernos cocos abiertos y agua fresca.

A mitad de camino hicimos alto en casa del viejo jefe Tairapa, del distrito de Teharoa;— era éste un anciano grave, de cabellos blancos, que se presentó á recibirnos apoyado en el hombro de una niña admirablemente hermosa.

Este anciano había estado en su juventud en Europa y en la corte del rey Luis Felipe, y nos refirió sus impresiones y sus asombros de entonces; me parecía asistir á la escena en que el viejo Chactas refiere á los Natchez su visita al *Rey Sol* (1).

XIV

Cerca de las tres de la tarde me despedí del jefe Tairapa, y continué mi camino.

Seguimos caminando aún una hora por senderos arenosos, sobre terrenos que Tatari

(1) Alude sin duda el autor á uno de los pasajes de la obra de Chateaubriand, titulada: *Los Natchez*, publicada en 1825, que es una especie de epopeya del hombre en la Naturaleza. Natchez es también el nombre de una tribu americana, y Chactas el de otra tribu medio salvaje aun, de la América del Norte.—
(N. del T.)

me dijo que pertenecían á la reina Pomaré. Después llegamos á una bahía admirable, en donde millares de cocoteros balanceaban sus copas movidas por el viento del mar.

Se consideraba uno bajo aquellos grandes árboles tan pequeño, tan ínfimo como un microscópico insecto circulando bajo grandes cañaverales. Todos aquellos altos y delgados troncos, así como el suelo, eran de un monótono color de ceniza; y de tiempo en tiempo un *Pandanus*, ó una adelfa cargada de flores, formaban vivo contraste con aquella monotonía sostenida por el grisáceo color. La tierra, árida y seca, estaba cubierta de ramas de madreporas, de palmas y de hojas secas. La mar, de un azul oscuro, se extendía sobre una playa de corales de una blancura de nieve; en el horizonte aparecía Tahiti, medio oculto por el vapor del agua y bañado por la intensa luz tropical.

El viento silbaba tristemente allá abajo, como si pasara á través de caños de órganos gigantes; en mi cerebro se agitaban pensamientos sombríos, sintiendo extrañas impresiones, y aquellos recuerdos de mi hermano que yo había ido á evocar allí revivían, como los de mi infancia, á través de la noche del pasado...

XV

—He aquí—dijo Tatari,—las gentes de la familia de Taimaha: el niño que tú buscas debe estar entre ellas, así como la vieja Hapoto.

Teníamos, en efecto, ante nosotros, sentados en la sombra, un grupo de indígenas, niños y mujeres, cuyas oscuras siluetas se dibujaban sobre el reluciente coral.

Mi corazón latía con fuerza y precipitación, según nos íbamos aproximando á ellos, á la sola idea de que iba á ver á aquel niño que, aunque desconocido, era ya amado;—pobre salvaje unido á mí por los poderosos lazos de la sangre.

—Este es Loti, el hermano de *Rouéri*; esta es Hapoto, la madre de Taimaha, dijo Tatari dirigiéndose á una mujer vieja que me tendió la mano cubierta de numerosos dibujitos azules.

Y aquí tienes á Taamari, continuó mostrándome un niño que estaba sentado á mis pies.

Abracé cariñosamente al hijo de mi hermano y lo examiné con vivo interés, tratando de encontrar en su rostro los rasgos de la fisonomía de *Rouéri*. Era un hermoso niño; pero en

su redonda cara no había nada que recordase á mi hermano; tan sólo el parecido á su madre, y la sombría y extraña mirada de Taimaha.

Me pareció además demasiado joven: en aquel país en que los hombres y las plantas crecen con tanta rapidez, esperaba encontrarme con un mocetón de trece años, de mirada profunda, como la de Jorge, y, por primera vez, una duda, amargamente triste, surgió en mi espíritu...

XVI

Fijar la época del nacimiento de Taamari era cosa difícil, y yo interrogué inútilmente á aquellas mujeres. Allá abajo, en donde las estaciones pasan inadvertidas en un eterno estío, la noción de fechas es incompleta y se hace difícil contar los años.

—Sin embargo, dijo Hapoto, se han remitido al jefe *escritos* (especie de actas de nacimiento) de todos los hijos de la familia y están conservados en el *farehau* del distrito.

A mi ruego se encaminó una muchacha á la aldea de Tehapeu á buscarlos, diciendo que emplearía dos horas en ir y volver.

El lugar en que nos encontrábamos tenía tanto de magnífico como de terrible; no existe nada en los países europeos que pueda dar una idea de aquellos paisajes de la Polinesia; aquellos esplendores y aquella tristeza, han sido creados para otras imaginaciones que las nuestras.

A nuestra espalda grandes y elevados picos que parecían tocar al cielo, un cielo claro y profundo; en toda la extensión de la bahía, que era un círculo inmenso, las copas de los cocoteros se agitaban á gigantesca altura, y la luz tropical brillaba por todas partes. El viento del mar soplabá con violencia, produciendo gran ruido, aumentado por el de los corales...

Examiné con atención á aquellas gentes de quien estaba rodeado, y me parecieron diferentes que los tahitianos; había en sus fisonomías, graves y serias, mayor expresión de salvajismo.

El espíritu se adormece con el hábito de viajar; se acostumbra uno á todo: á los lugares exóticos más singulares, como á los rostros más extraordinarios. Sin embargo, en ciertos momentos, cuando el espíritu se despierta y vuelve á su estado normal, nota uno de pronto todo lo que hay de extraño en lo que le rodea.

Yo miraba á aquellos indígenas como á des-

conocidos,—penetrado por vez primera de las diferencias radicales de razas, de ideas y de impresiones; á pesar de vestir yo como ellos, y de hablar su lenguaje, estaba aislado, solo, en medio de aquellas gentes, de igual manera que si me hubiera encontrado en la isla más desierta del mundo.—Comprendía la aterradora distancia á que me encontraba del rincón de tierra en que nació, tanto por la inmensidad del mar, como por mi profunda soledad...

Contemplé á Taamari y le llamé á mi lado; me obedeció diligentemente y vino á apoyar con familiaridad sobre mis rodillas su morena cabecita. Y yo pensaba entonces con más insistencia que nunca en mi hermano Jorge, que dormía el eterno sueño en las profundidades del mar de allá abajo, sobre la lejana costa de Bengala; en que aquel niño era su hijo, y en que una familia inexperada de nuestra sangre se perpetuaría en tan lejanas y recónditas islas...

—Loti—dijo levantándose la vieja Hapoto,—ven á descansar á mi cabaña, que está á quinientos pasos de aquí en la otra playa. Allí podrás comer, conocerás á mi hijo Téharo, y convendreis ambos en el medio de regresar á Tahiti con este niño á quien quieres llevarte.